

DIOS

En las cosas, oh Dios, ayer estabas,
tu aliento denunciaba tu existencia.
Tierno en el aire de mañanas claras
y por las tardes de pasiones frescas.
Eras ayer tan fácil como niño
que juega, entre los brotes, primaveras.
Tu blanco sueño he visto entre las cumbres
de montañas y de árboles y piedras
y en mis manos, Señor, besar mis manos
de niño puro que hacia Ti se entrega.
En las noches, recuerdo haberte visto,
creciendo y pálido, como si fueses hiedra,
creciéndote en las sombras y creciendo
más allá del olivo y de la estrella.
Yo luchaba contigo en oraciones
y llenabas mi boca de pereza.
Mis ojos te buscaban y eras agua
y azul, ¡Dios mío!, Tú, simplemente, eras.
Delicia de anidar sobre tu cuerpo
el alma con alburas siempre nuevas.
Unisonancia para mi oído a vientos
y saciedad para mi sed tu entrega.
Hoy, Señor, hoy te busco y no te encuentro

delante de mi ser, por estas venas,
 por el aire, por mi pensar maduro,
 por esta parda y campesina tierra,
 por donde tú, mi amor, siempre decías
 que El marcaba perfecta la existencia.
 Mi soledad—araña—está tejiendo
 un silencio de nube ante tormenta.
 Te busco en mundo de pájaro y de hombre,
 de duda, de verdad y de conciencia.
 No te noto, dolor para mí solo,
 en este mi ascender por las tinieblas.
 Que mis ojos, Señor, mis ojos secos
 abismos locos ven cuando te acercas.

Y mañana, Señor, la barca fija,
 si Tú, Señor, a mis despojos llegas
 no me quemes los huesos con tus dedos
 y bésame tan sólo en la inocencia
 de los días de ayer cuando era niño
 y yo te descubrí por vez primera.

JESUS DELGADO

DE TODO UN POCO

Configuración, métrica y estado actual del Universo Físico

II

EL PESO DE LA LUZ



EN el primer artículo de este *Ensayo* han quedado expuestas de manera esquemática las razones por las que la luz, al atravesar el espacio, no puede seguir trayectorias rectilíneas de tipo euclidiano, sino que debe sufrir por necesidad una determinada incurvación. A medida que el rayo luminoso se va alejando de su fuente, se desvía de la recta una cantidad de arco mayor o menor, según la intensidad del *campo*, pero que siempre ha de ser superior a *cero*.

Este sorprendente efecto, que no es susceptible de comprobación más que en los cortos segundos de eclipse total de sol, viene constatándose desde que fué previsto teóricamente por A. Einstein y en la cantidad exacta por él calculada.

En la Historia entera del conocimiento, desde que el hombre dedica sus más nobles afanes a desvelar el secreto de las cosas, pocas veces se ha logrado llevar la sonda a niveles tan profundos del Cosmos físico. Pero jamás el descubrimiento y comprobación empírica de un fenómeno *cuantitativamente tan pequeño* ha podido abrir al pensamiento humano panoramas tan nuevos, horizontes tan anchos y cargados de posibilidades teóricas.

En primer lugar, este comportamiento de la luz hace patente una cualidad inseparable de ella misma y que hemos mencionado ya de paso en el artículo anterior: el «peso». Entiéndase esta palabra en el sentido más literal. La luz «pesa», es decir, tiene «masa gravitante». Masa perfectamente accesible al cálculo por la fórmula: $M = \frac{h \cdot \nu}{c^2}$ O sea, que la masa-peso de un rayo de luz es igual a la «constante universal» de Plak multiplicada por la frecuencia o número de vibraciones al segundo, dividido este producto por el cuadrado de la velocidad de la luz expresado en centímetros. Y por tener masa precisamente, se encorva al cruzar espacios más o menos gravitacionales. La luz, hija de los cielos primogénita, como la llamó Milton, es energía radiante, lo más imponderable que hay en el Mundo, pero presenta estructura «dual», bi-valente, integrada por una especie de